

dos los soberanos españoles, sería preciso rehacer la Historia, escrita casi siempre por aduladores y palaciegos; comprenderíamos de una vez que la grandeza no está en el pasado, sino en el futuro. Entretanto, lo que la Historia pierde, lo ha ganado la Poesía. Visitar sepulcros de reyes es evocar magnificencias que quizá no existieron nunca, pero que tienen la aureola de la leyenda y la tradición.

Ningún monarca ha llevado la ambición tan lejos como Felipe II de Austria. Después de dominar el Mundo, pretendió asegurarse un trono en el Cielo, sacrificando á los herejes y rodeándose en las postimerías de su vida de una falsa y aparatosa humildad. «El germanismo—escribió Picavea—era el imperalismo, obsesión de autoridad suprema sobre soberanos y pontífices, exacerbación del cristianismo medievo, cultivo morboso de la Teología y la Escolástica; y los Carlos y los Felipes pusieron á su servicio la fuerza enorme de España. ¿No existen especies zoológicas que tienen el instinto de apoderarse de las conchas y nidos de otros animales á los que suplantant? Animales ladrones se llaman. Pues eso fueron y eso hicieron en España los alemanes; nos robaron nuestra nacionalidad, metieron dentro de ella, con ella se disfrazaron y desde ella derramaron á través de Europa las sangrientas tenazas de sus tesoros y ejércitos, no para prosperar los destinos hispánicos, sino para engrandecimiento del imperialismo teutónico...» «¡Español Felipe III! Su cuerpo era flamenco; su alma, alemana: lo denuncian su cerebro tardo, su gravedad taciturna, su obrar perseverante y frío, y su política germánica, cesarista y teológica. Clérigos y soldados, teocracia y militarismo suplan-

tan á Consejos, gremios, milicias, nobles, caballeros, universidades, merindades y demás rica variedad de nuestras clases castizas...» «España perdió la riqueza de su suelo porque fué despoblada por dos siglos de guerras; perdió sus industrias porque sus menestrales fueron consumidos en sus ejércitos; perdió sus municipios asesinados por el cesarismo germánico. En cambio, las turbas de soldados viejos, enfermos y tullidos la llenaron de aventureros, bandidos y parásitos.» «El cesarismo data de Carlos I: no es español, sino alemán; el fanatismo y la intolerancia no son españoles, sino alemanes...» «Todavía las guerras, los pronunciamientos y las guerras civiles denotan que vivimos en pleno germanismo.»

Felipe II, el germano-césar y ambicioso, se hizo un sepulcro á su medida. En medio de la sierra, en lugar solitario, medroso y lúgubre, alzó el colosal monasterio, de aspecto frío y conventual, pero de proporciones enormes; amontonó allí todo género de riquezas para rendir culto á la Divinidad, y él, señor de dos mundos, se reservó en el inmenso alcázar que, por su forma de parrilla, evoca el martirio, la más humilde de las celdas. Dentro de aquellas paredes encaladas y míseras, se siente el horror invencible al déspota que ensangrentó al Mundo y lo esclavizó para empobrecerlo y deshumanizarlo, para someterlo á su ambición desenfrenada, que no respetó ni aun la vida de su propio hijo, y hacerlo servir á sus egoísmos de ultratumba.

Y allí, bajo la desmesurada mole, construyó una desnuda y sombría bóveda, entre cuyos helados muros creyó esperar pacientemente su triunfo seguro en la Eternidad.

En vano sus sucesores han trocado la cripta en salón cortesano; ni las escaleras recubiertas de pórfido, ni las puertas de mármol con ornamentaciones bronceas, ni los profusos follajes y molduras que esmaltan la cripta, ni las urnas simétricas marmóreas con sus tarjetones pomposos, en monótona y rígida anaquelaría palaciega, hacen olvidar la primera sensación de espanto ante la satánica egolatría miserable del rey egoísta y frailuno. El sepulcro no es la cripta: es todo el monasterio, holocausto rendido á la ambición ultraterrena y al menosprecio de la belleza, de la libertad, de la fecundidad y de la inteligencia, en aras de lo horrible, lo despótico, lo estéril, lo pobre y lo absurdo, emblema de la ceguera del fanatismo que, después de trocarse en tirano, pretende erigirse en divinidad.

¡Cuán diferentes los sepulcros de Toledo y de Burgos! El sentimiento religioso palpita en ellos, pero concediendo á la forma externa, á la idea de la belleza plástica, á la exuberancia de las formas, toda su excelsa coparticipación en la idea de lo Absoluto. He aquí la Capilla Mayor: sobre marco rebajado y ornado de follajes, se abren los nichos á ambos lados, encima de los cuales se alzan entrelazadas curvas con aéreos arbotantes y agujas de prodigiosa filigrana. Allí duermen, velados por los escudos de Castilla, Alfonso VII y Sancho el Deseado. Enfrente está el lujoso retablo con su crestería labrada en alerce, con sus pilares y pulseras cuajadas de aéreos doseletes y de figuras entalladas por las manos de un soberano artífice.

Y ved en Granada el lecho mortuorio de los Reyes Católicos: todo allí es severidad y magnificencia.

Todo el ornato de la capilla consiste en la cinta de letras doradas que corre á manera de friso bajo el arranque de los arcos; pero, á través de la finísima y repujada verja, la visión del sepulcro real suspende y maravilla. Es una urna cuadrilonga y apiramidada, sobre cuya tapa aparecen yacentes los monarcas. El Renacimiento presta ya su grandeza á las figuras y al cenotafio; duermen aquéllos blanda, serena, reposadamente sobre sus almohadillados cojines, y en sus semblantes graves y dulces, en su tranquilidad mística, en sus ropajes blandamente plegados, se adivina la inspiración de quien supo arrancar á la piedra las palpitations de la vida; abrillantan y ornan el cenotafio primorosos detalles: escudos, castillos, leones, aljabas, yugos, haces de flechas. ¡Y aún Felipe el Hermoso y Doña Juana tienen al lado otro sepulcro que no desmerece del de los fundadores de nuestra unidad nacional!

Si devotos somos de más noble tradición artística, habremos de buscarla en Oviedo. Ejemplo, en su catedral, de arquitectura prócer, es, entre otros, el sepulcro de Ordoño II. En el centro del trasaltar, entre figuras heráldicas, místicas ó simbólicas, se destaca tendida la mórbida y colosal figura de Ordoño, con la diadema sobre las sienes y el globo en la mano; ejemplo de fidelidad: á sus pies, cabizbajo y rendido, espera la muerte un lebrél. Detrás, una gigantesca ojiva despliega sus arcos paralelos, en cuyos intradoses, leones y castillos, rememoran que no fueron los contemporáneos de Ordoño, sino los fieles leoneses de postreras centurias, los que le rindieron tan férvido homenaje.

Pero la sensación más intensa nos espera en León,

bajo el coro lobulado y primitivo de San Isidoro. Allí, los Alfonsos y los Ramiros, los Sanchos y Fernandos, los Froilas y Ordoños, las Elviras y Urracas duermen en estancia severa, en armonía con su época, su tradición, su sencilla majestad y con sus lúgubres destinos. Las bóvedas bajas y sombrías; las robustas columnas de románicos capiteles; sus losas, en donde se borraron las inscripciones; la luz medrosa que llega tamizada y débil hasta el fondo de lo que, más que capilla, es cueva, todo produce una sensación por siempre inolvidable. Allí, quien esto escribe quedó en cierta ocasión encerrado y olvidado por culpa del guía. Las obras de restauración suspendidas hacían temer una reclusión suficientemente larga para perecer de hambre entre las sombras ancestrales y evocadoras. Confiesa que no sintió pavor, y aun le pareció su última morada muy superior á sus merecimientos. Cuando salió de allí, estaba ya familiarizado con el sueño de que no se despierta, y con el viaje ignorado y grato de que nunca se vuelve.

Es también en Asturias y en Santa María en donde otros reyes yacen en mayor humildad y cruel abandono. ¿Son de veras aquellos los restos de los Ramiros, los Garcías y los Veremundos? Una restauración imprudente los ha revuelto y, acaso, mezclado en sus osarios. El suelo de la estancia es de durísima mezcla; los techos son de teja vana. Sobre macizos y roídos pilares, lanza sus alardes, como una grave ofensa á Alfonso el Casto, el más deplorable churriguerismo. Pero todo enseña que las glorias humanas se marchitan, y que no es bastante reinar: es preciso sobrevivir.

Opulenta en tiempos de majestad y poderío, abandonada hoy á la soledad y al cuidado más ó menos solícito de unos frailes, hállase una iglesia que guarda en su nave mayor otros reales sepulcros. Su solo nombre evoca siglos de agitación y lucha en que rieron sus ambiciones egoístas los soberanos de los antiguos reinos: es Poblet. Quien visite sus ruinas, comenzará por encaminarse á Tarragona y sentir allí la admiración, el sobrecogimiento que inspiran las ciclópeas murallas, únicas, en donde no parece sino que manos de titanes han colocado, uno sobre otro, los gigantescos bloques de piedra, y no hombres, cuyos medios debieron ser poderosísimos, hace cerca de tres mil años. Aquellas piedras cenicientas, que han visto correr veintinueve siglos, parecen también un mausoleo levantado á la memoria del soberano anónimo, que siempre muere y siempre revive, el Pueblo, que unas veces cargado de cadenas y aniquilado otras por la fatiga y la servidumbre, labra á martillo los hipogeos, levanta las pirámides, alza los muros tarraconenses, funda dinastías, libra batallas, padece martirio y persecución y acaba por escribir su inmortal decálogo sobre los escombros de todas las genealogías absorbentes y de todos los imperios despóticos.

Bajando por los floridos campos hasta el valle de la *Conca de Barberá*, se llega al lugar en que la leyenda hizo de un ermitaño un ser intangible, cada vez que el rey moro Almira Almomíniz pretendió encerrarlo en sus negras mazmorras. Allí se alzan las fuertes murallas que rodean al monasterio; allí, en el claustro rival del de Oviedo en primor y melancolía, crecen los jaramagos y las plantas silves-

tres, y allí, dentro de la iglesia, cuyo ingreso ornan columnas de bruñido jaspe, suspenden el ánimo los sepulcros. En las capillas laterales, duermen los fundadores de los linajes catalanes, los Puigvert, los Urgel, los Moncada, los Guimerá, los Queixal, Miralcamp, Argensola, Mur, que son como el cortejo fúnebre de los monarcas aragoneses.

Á uno y otro lado del crucero, entre el presbiterio y el coro, sobre un enlosado de mármoles blancos y negros, se alza el panteón sobre un basamento firme de alabastro. Erguidas estatuas separan uno de otro los mausoleos, coronados por elegante y finísima crestería. Los nombres evocan hispanas epopeyas, y los labios las murmuran trémulos. Alfonso II de Aragón, Jaime I el Conquistador, Pedro IV el *punyalet*, quien, al romper uno de los privilegios de la unión, hirióse en la mano, y exclamó: «—Justo es que privilegio, á costa de sangre de tantos varones adquirido, con la sangre de un rey se extinga y cancele»; Alfonso I y su hijo Don Juan, Don Martín el *Humano*, Don Jaime I el *Honesto*, afrontador de la varonil entereza de Fivaller, caudillo y espejo de *concelleres*; Don Juan el *Cazador*; y luego, los infantes, los próceres de las nobles casas de Segorbe y Cardona, y, no lejos el infortunado Príncipe de Viana y el infante Don Pedro, hermano del conquistador de Nápoles. La sombra de Jaime I parece alzarse sobre todas para prestarles la aureola de su poder y de su gloria, trocada por los siglos en polvo.

Jaime II y Pedro III reposan juntos en Santas Creus. Nada más bello que estos sepulcros, en que el arte poético llegó á su expresión más sublime. Nada más aéreo que sus finísimas columnas, cortadas en haz,

sosteniendo los elegantes templetos de mármol de imponderable crestería y de rasgadas ojivas de tracearía inspirada y sutil. Dentro, como en caladas capillitas de sándalo, están los sepulcros, que, con ser bellos, quedan olvidados ante el embeleso que producen los prodigiosos templetos que los guardan.

No sin emoción honda y sincera elevan los poetas y los jurisconsultos, en Murcia, sus miradas á la urna que contiene en la catedral las entrañas del único Rey Sabio, del autor inmortal de las *Cantigas* y del Código, en que colaboró el maestro Jacobo de las leyes, cuyo cenotafio se halla muy próximo. Pero á la emoción sucede el desencanto. Lo hornacina es recargada en cominerías, y, para más lamentable desdicha, ha sido restaurada y cubierta sacrilegamente de albayalde. Dentro del arco de medio punto, dos abotargados maceros custodian la urna, muy semejante á una sopera: el fondo parece, más propio que de un sepulcro, de un gabinete á la Pompadour.

Don Juan II y Doña Isabel de Portugal descansan sobre urna opulenta en la Cartuja de Miraflores. Pero yo prefiero para los monarcas que antes fueron soldados y que supieron identificarse con las instituciones y las costumbres populares, el refugio austero y simplicísimo de San Juan de la Peña. Es de ver el humilde monasterio al pie de los cabezos heroicos, pobrísimo, pero recio y castizo, como cumple á la tradición del noble solar aragonés. Entre las rocas socavadas se abre el profundo valle; la vegetación lujuriosa se extiende en los bordes de los precipicios. En mitad de la hondura, como si allí lo hubiera desplomado una mano gigantesca, casi en las entrañas de la tierra, está el templo, recubierto por la hojaras-

ca su techumbre de maderamen, hendidos sus muros por los agravios de los siglos y las tormentas. Y, dentro, bajo primorosas molduras pétreas, semicirculares, casi á ras de tierra, se muestran las dos filas de anchurosos nichos románicos. Allí falta á veces toda inscripción, y la sustituye una fecha, un signo, una deprecación, una huella borrosa; y allí están los monarcas aragoneses, altivos en la guerra, humildes en la paz, caudillos y legisladores, próceres y artesanos, guerreros y labriegos; su grandeza no necesita de más pompa: la pregonan los campos asolados y los valles regados con su sangre; la cantan con sus ruidos y ruidos extraños los arroyos de aguas espumajeadas y las tumbas bravías.

Y todavía hay otro rey que duerme solo, aislado, separado de los hombres, encerrado en una cueva socavada en la peña y cerrada por una reja, como la guarida de un león. Es Pelayo. Oculto entre las breñas y las inaccesibles cúspides, parece esperar el grito del clarín para empuñar de nuevo el mandoble ó esgrimir la lanza y salir de nuevo á la cordillera invencible, para comenzar otra vez la reconquista de la España ideal.

Otros muchos reyes se perdieron en lo desconocido. Acaso es uno de ellos el que descansa en el claustro de la Colegiata de Soria, envuelto en paños aterciopelados, rodeado de blasones é insignias indudables del poder real. ¿Quién es? No se sabe. Así pasan sobre la tierra el poder, la majestad y la gloria. Aún más infortunados fueron los que hundieron su pequeñez en las ensangrentadas aguas del Guadalete ó en las riscosidades de las montañas catalanas.

Así duermen los monarcas el sueño eterno. Unos, rodeados de pompas y honores; otros, deshechos en la vorágine de la renovación, que convierte la carroña en abono, y los huesos en tierra cenicienta. ¡Felices los que dieron su vida en holocausto á una idea generosa y fecunda! Ellos solos reinaron de veras y dieron con el mausoleo que no puede ser objeto de profanación; ellos encontraron á su cuerpo inerte lugar apropiado:

que no hay tumba mejor para un guerrero
que el polvo de los campos de batalla.

1912.

JARDINES SOLITARIOS

En toda ciudad vieja ó sus cercanías, hay un misterioso jardín, cerrado siempre á piedra y lodo, un verjel de gusto borbónico que recuerda á Versalles por sus recortados abetos, y á Aranjuez por sus gigantescos y copudos álamos. En él se levanta un palacio por cuyos ventanales jamás entra la luz, cuyas persianas nunca se descorren. Por las junturas de sus puertas, de enmohecidos goznes, pretenden escudriñar en vano algo como un ensalmo las miradas de los curiosos. El transeunte contempla las verjas, sobre cuyas doradas lanzas rebosa un exuberante bosque ó los altos y desmoronados tapiales; se pasea con la imaginación por las húmedas y solitarias umbrías, fija su mirada en las polvorientas impostas y las balaustradas cubiertas de enigmas, y exclama: «¡Qué dichoso debe de ser el dueño de este

pensil!», como hubiera dicho Alejandro: «¡Quién pudiera dominarte, oh, Tiro!»

¿No ha llegado la maga, ó es que ha pasado ya sin tocar con su vara de nácar y cedro la vegetación lujuriosa y los esculpidos sillares? ¿No ha venido aún, ó es que no ha pisado con sus blancas sandalias los enarenados paseos en cuyos bordes florecen los jazmines y las clemátides, y en cuyas cercanías entreabre su rayado cáliz el dondiego? Ese musgo en que brillan esmeriladas y cristalinas las primeras escarchas, y que hacen reverdecer de nuevo las lloviznas de Otoño, ¿espera servir de alfombra á un idilio, ó llora una alegría trágica? Ese palacio de majestades de alcázar y severidades de monasterio, ¿ha sido edificado para el amor ó para el sacrificio? ¿Es la esperanza ó el recuerdo lo que se alberga dentro de sus muros? Nadie lo sabe; es posible que nadie llegue á saberlo.

El misterio parece un acicate. Allí, adentro, hay, sin duda, anchurosas escalinatas de mármol con pasamanos de ágata, resquebrajadas, amarillentas y frías, como las que abandonan hastiados los reyes y buscan contritos los monjes; hay bustos que sonríen con su mueca de piedra ó miran con sus ojos rasgados sin pupilas á los artesonados, en donde las arañas tejen obstinadas sus redes; y góticas farolas que nunca han de encenderse, y relojes de esfera de jaspe que han parado su aguja de oro, como señalando á la Eternidad.

Arriba, traspuesta la arcada, cerca del patio de jónicas columnas, hay, sin duda, salones desiertos, que muestran en los techos frescos de Jordán ó de Van der Verden; lámparas gigantescas y complicadas de

cristal de roca, tapices flamencos en que huyen las ninfas de los sátiros ó danzan las pastoras al son del caramillo ó la flauta melodiosa del fauno. Sobre las puertas blancas, de áureas molduras, se pliegan los corinajes, bordados á mano por infantinas y azafatas, ó las sederías amarillentas de imperiales bordones. Más lejos, están las galerías, bañadas por la plácida y difusa luz cenital, con su doble fila marmórea de grupos clásicos, bustos rotundos ó torsos olímpicos; ó bien las barnizadas vitrinas que encierran abanicos de nácar, pintados por Watteau, cajitas de concha, medallones, camafeos, pendientes de rubíes en forma de escarcelas colgantes y dagas de Milán y arcabuces y partesanas de Florencia y de Flandes. Allí parecen las armaduras de los aventureros de Ostende, los petos incrustados en oro de Saladino ó los cascos y capacetes de Bouillon; y, allá, en lo más recóndito, la medrosa capilla, con su espaciosa y única nave, su tabernáculo velado por lienzos, su tríptico de Ribera ó del Tiépolo y su cripta, en que, acaso, descansa un cuerpo de mármol sobre otro de polvo. Sobre la figura yacente, que cruza sus dedos afilados encima de los bien plegados ropajes, cae un rayo de luz, descompuesto en cambiantes al pasar por la ojival fenestra y filtrarse por los vidrios policromos, donde azota la lluvia en las noches solemnes, con monotonía ritual de rumor de sauces ó el viento que finge quejumbres de cítaras lejanas de cuerdas do-lientes.

En el jardín, en el ancho y vacío tazón de la fuente seca, junto al basamento cercado de plantas silvestres, en que parece haber interrumpido súbitamente su grotesca danza el silvano, ha venido á pa-

rar en suspiros fantásticos la primera hoja consumida por el cierzo otoñal, desde lo alto del eucalipto. Todo se ha estremecido al soplo primero de las nevadas cumbres; las adelfas se han columpiado en momentáneo espasmo y han vertido su polen; los plátanos han agitado sus ramas; las sóforas han doblado sus copas. Ha sido un segundo de vida en aquel edén muerto. Después, todo ha vuelto á su quietud solemne. El silvano ha seguido inmóvil, como si esperase un mandato supremo; el manantial ha permanecido mudo; el estanque ha seguido ocultando su lisura bajo la capa de algas, hojarasca y verdín; el ambiente ha continuado impregnado en vahos de tierra húmeda y acre; los nardos han inmovilizado sus pétalos de cera, y los geranios, sus flores bermejas, sin que un solo insecto haya venido á posarse en ellos para agitar sus transparentes élitros sobre el metálico coselete.

La melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delio, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras conventuales que esperan la pisada de la heroína, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos en el alma un jardín, en que las estatuas duermen empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado lo estremece á veces, agitando sus ramas y haciendo sonar en ellas dulcísimos acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la Eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de

nácar y cedro; no ha aparecido, ó no se ha dignado calzar sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos encantados palacios, para escudriñar esas íntimas reconditeces del alma humana. En ellas, ya sólo puede entrar el viento del Otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser.

MEZQUITAS Y SINAGOGAS

Ni los romancescos y portentosos puentes de Alcántara y de San Martín, ni el orgulloso y prócer castillo denominado de San Servando, ni las famosas puertas militares del Sol y de Visagra, ni las torres de la Reina y la Cava, ni la iglesia incomparable de San Juan de los Reyes, ni las de Santo Tomé y Santa Cruz, ni aun la Catedral misma con sus inapreciables tesoros y sus deslumbradores prodigios, ni los palacios, ni las posadas, ni las callejas medrosas y legendarias, ni los fantásticos recovecos, ni los portones claveteados, ni los repujados hierros y tallados arcones, ni todas las maravillas, en fin, que encierra la capital toledana, producen la sensación extraña que dos pequeños edificios, menos artísticos, más pobres y olvidados que rememoran tiempos en que las más opuestas creencias pudieron convivir en España, sin que la soberbia de los reyes ni la intolerancia de los prelados perturbase á los fieles de las

diferentes confesiones al elevar sus humildes plegarias á la Divinidad.

Son estos templos el Tránsito y el Cristo de la Luz. Después de haber recorrido la ciudad-museo y ver hasta dónde puede llegar la inspiración de los arquitectos y de los artífices, el Tránsito pasma con su adusta simplicidad. Cuatro paredes, sin arcos, sin bóvedas, sin columnas, sosteniendo un viejo maderamen, forman la sinagoga. Solamente en la parte superior de la estancia una ancha faja de estuco labrado y una serie de arquillos primorosos prestan suntuosidad al desmantelado salón cuadrilongo.

Allí, cuando España entera vertía su sangre por defender la Fe y la palabra de Cristo, cuando la religión era más viva y más fuerte y vigoroso el sentimiento de nacionalidad, los hombres sin suelo y sin patria, los enemigos del Evangelio, los sucesores de quienes vendieron y crucificaron al Redentor, vivían en paz, oraban libre y pacíficamente, celebraban sus ritos y entonaban sus psalmos, sin que nadie, soberano ó caudillo, sacerdote ó prócer, juez ni verdugo, osara perturbar el solemne recogimiento de sus ceremonias y la austera majestad de su culto.

Y, á otro lado de la ciudad, medio escondido á los ojos de los indiferentes, pero abierto libremente á los árabes, estaba el templo musulmán, que ahora se llama el *Cristo de la Luz*. Un estrecho recinto, sostenido en el centro por cuatro columnas que parecen hundidas en tierra y cerrado en lo alto por otras tantas claraboyas, forma el santuario. Los arcos de herradura, de estilo árabe primitivo, sin ornamentaciones ni hojarascas; la cúpula central con sus ajimeces cercanos y sus labores y resaltes, dan al recinto una

belleza cuya sensación no se disipa en mucho tiempo. Toledo, que ha llegado á ser nada, lo pudo ser todo, como España, si el instinto de humanidad y de fraternidad entre todos los hombres hubiera vencido al fanatismo y al odio sembrado por los monopolizadores de la creencia.

Nada ha producido en mí sensación tan intensa de desagrado como aquellos frescos, tal vez no auténticos, bizantinos, que recuerdan el primer atropello salvaje cometido por las turbas del rey Alfonso; nada tan repulsivo como la huella que se supone marcada en el templo por la herradura del caballo del Cid. En aquel momento, con aquella profanación inaudita, comenzó para España la escisión, que había de ser incesante, de los espíritus, la era de las contiendas religiosas, el afán sectario que había de expulsar, con daño de la riqueza y de la industria, de nuestro territorio á los judíos y á los moriscos, y que no había de terminar sino con la pérdida de dos imperios y nuestro aislamiento del planeta, como pueblo incapaz de sentir el respeto á cosas y personas, á costumbres é ideas, destinado á caer, desde las más altas cumbres de la idealidad, á los más hediondos abismos del prosaísmo.

¡Y aún los visitantes del *Cristo de la Luz* se inclinan respetuosos ante la huella del casco de *Babieca* y se descubren ante las odiosas pinturas murales que denotan en el Arte un vergonzoso y triste retroceso, como todo lo bizantino español! Causa pena, rubor, tristeza invencible, ver cómo todavía, en pleno siglo xx, sólo existe el odio á los cultos ajenos; no hay para qué decir cómo se acentúa este enigma y se trueca en agresión brutal, frente á la libertad de conciencia.

Toledo entero es un gran museo; á cada paso, el entendimiento se eleva y el sentimiento se extasía. El Arte, en él, ha llegado adonde acaso no llegó ni en Nuremberg, ni en Brujas, ni en las viejas ciudades que son pasmo de sus visitantes. Pero el *Tránsito* y el *Cristo de la Luz* son una severa y amarga lección: son el ejemplo vivo de nuestra ignorancia, la plasticidad de las causas de nuestra fatal decadencia. Y por eso, su recuerdo dura más en nuestro sensorio que el de todos los prodigios insuperables que pudimos admirar en Toledo. Se goza de la identificación con todo lo grande, allí donde la sensibilidad se delecta; pero sólo se percibe el soplo de lo verdadero inmortal allí donde se aprende.

Toledo.

DOMINGO DE OCTUBRE

Ha salido el Sol. Las calles de los barrios extremos han ido quedándose solitarias. Mis vecinitas han salido las últimas, con sus rizadas faldas de muñeca y sus sombrerillos encintados. Después, el Sol ha ido subiendo, subiendo por la fachada frontera, dejando en la calle una luz vaga y melancólica. La claridad radiante sigue reflejándose arriba, junto al alero. Hace frío. ¿Por qué no me he marchado yo, como todos los veraneantes? Busquemos el sol. ¡Ea! Venga la capa y el gabán. La ciudad me abandona. La buscaré por paseos y por avenidas, por teatros, cafés y ventorros, aun á trueque de que alguien

interrumpa mi meditación solitaria, para decirme, entre burlón y compasivo: «—¿Adónde vas con todas esas penas?»

Voy... no sé adónde. El instinto me hace huir de la playa abandonada y húmeda, y me lleva al parque. Allí hay niños; los niños y los árboles tienen la majestad y la gracia de la renovación. Sin embargo, los árboles han perdido sus hojas, y parece como que retuercen sus sarmentosos brazos, pidiendo que no se aleje el Sol, que declina. Húmedo está el suelo, y lleno de hojarasca. Pasan algunos niños, pero no juegan: van serios, hablando unos con otros. Una mimosilla de blondas melenas avanza distraída, sin hacer caso alguno de la pelota que oscila en su red. ¿Es que también los niños tienen pesadumbres?

No: no es eso. Por allí saltan, gritan y corretean varios hijos de menestrales. Es, sin duda, que la infancia de los ricos es mucho más rígida, más sierva, más triste que la de los pobres. El hijo del albañil ó del pescador puede andar á su antojo por charcas y lodazales, saltar vallas, arrojarse al suelo, gritar desahoradamente y llorar, si le place, á voz en cuello. El hijo del rico, no. Es esclavo de la ropa, que le oprime y molesta con sus complicaciones y adornos; es siervo de una etiqueta ceremoniosa que no comprende, pero que le es impuesta como un yugo. No puede descomponerse, destrozarse, *ponerse en ridículo*. Y allá va erguido, tieso, con la mirada absorta, fija en aquellos otros arrapiezos, que se arrojan puñados de barro y se llaman á gritos con toda la salvaje alegría de su independencia infantil.

La niña de la pelota se ha sentado en un banco, y, desde allí, mientras el aya le gruñe una sarta de pa-